UNIVERSIDAD DE MADRID.

CONFERENCIAS DOMINICALES

SOBRE

LA EDUCACION DE LA MUJER.

DUODÉCIMA CONFERENCIA.

LA RELIGION
EN LA CONCIENCIA Y EN LA VIDA,

POR

DON TOMAS TAPIA.
Prof. auxiliar en la Universidad.

9 de Mayo de 1869.

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.
1869

SEÑORAS Y SEÑORES:

Debo comenzar haciendo en pro de las Señoras españolas una confesion que las honra altamente. Cuando nació el pensamiento de establecer estas *Conferencias*, hubo muchos espíritus delicados y de buen sentido, que auguraron mal de ellas. «El pensamiento es bello y salvador, pero esté V. seguro, decian, que la mujer española, con su frivolidad, su coquetería y su proverbial ligereza, verá este bello teatro de educacion sólo como centro y lugar para lucir su hermosura y sus galas.» Me pongo por un momento en el caso de los que así pensaban, y al ver sus pronósticos completa y constantemente desvanecidos por vuestra seriedad y sensatez, comprendo que si tienen estima y respeto de sí mismos (que sí los tienen) estarán sufriendo el profundo sonrojo de la frivolidad y ligereza que mos-

traron al juzgaros. Confieso que casi me hicieron dudar un instante, si bien nunca llegué á creer completamente que su ligera profecía llegára á realizarse.

Mas cuando os veo venir aquí todos los domingos, animadas de ese espíritu tan bello y tan recto, que os hace mirar este recinto como un templo; cuando veo que no se os ocurre hacer gala de vuestra hermosura, ni de vuestro lujo, ni de nada que revele en vosotras el sexo á que perteneceis; cuando veo, en fin, que tanto la madre de familia como la jóven y la anciana venís aquí á ser reprendidas, con un espíritu tan modesto y tan noble, y un tan decidido deseo de saber y de educaros, lo tengo como una honra para vosotras y para el país.

Yo quisiera que mi palabra correspondiese al alto sentimiento que abrigo hácia vosotras, á la alta idea que me inspirais, persuadido, como estoy, de que lo único puro, honesto y piadoso que queda hoy en nuestro país sois vosotras, la mujer: por eso quiero ocuparme entre vosotras en un asunto y pensamiento que fuera de aquí no lo expondria tal vez nunca, y que hasta ahora no ha salido de mis labios; sí, mi pensamiento es un pensamiento religioso, pertenece á la religion; y la religion, que en sí misma es pura, sencilla, amorosa y honesta, sólo puede ser expuesta ante la honestidad, pureza y reconocida piedad de la mujer española: mi pensamiento, pues, os pertenece á vosotras solas; recibid-

lo y estimadlo como os parezca, pero ántes de aceptarlo ó desecharlo, reflexionad y orad á Dios un momento interiormente.

El pensamiento es muy sencillo, pero es al mismo tiempo muy puro; no exige gran talento, mas sí exige mucho deseo de ser religiosas, de conocer la divina voluntad de Dios de una manera viva y evidente, y de practicarla en la vida, lo cual pide un poco de reflexion y un poco de carácter; y como no dudo que adornan vuestro espíritu esa rectitud y buen deseo, voy á exponerlo con muchísimo gusto.

Voy á hablaros de religion, como una de las enseñanzas debidas á la humanidad, y especialmente á la mujer.

I.

La importancia que en todos tiempos y países ha tenido la religion, y las religiones, los altos pensamientos que inspira y los íntimos sentimientos que arraiga en el espíritu, la influencia decisiva, consoladora y eficaz que ejerce en la vida y en la muerte, y el respeto, en fin, que se ha tributado á sus principios, á sus cultos y á sus ministros, prueban sobradamente que hay en todo esto un asunto grave y digno de alta consideracion para los espíritus reflexivos.

La religion, por otra parte, es, ha sido y será siempre una necesidad imperiosa é imperiosamente

sentida por todas las almas que quieren hacer de la vida una cosa séria: la vida sin religion y sin Dios es un cáos inexplicable, un monton de cosas heterogéneas y discordantes sin unidad ni órden, un conjunto de tendencias é intereses encontrados, sin enlace ni trabazon que las dirija á un fin, y en este barullo é intrincado laberinto de la vida, es natural y casi inevitable que los espíritus más levantados concluyan por confundirse, y en su confuso mareo y aturdimiento vengan á caer inevitablemente en el sepulcro de su egoismo personal, del cual sólo la muerte los levanta; y la vida, que evidentemente nos ha sido dada para hacer el bien en todas esferas y en todos sentidos, único seguro camino de la felicidad y de la dicha racional y verdadera, viene á quedar reducida irrevocablemente á hacer nuestro bien solo, egoismo.

Sí; la religion, me diréis, es una cosa muy bella, responde á una necesidad de mi espíritu, pero hay en la religion y en las religiones ciertas cosas, prácticas exteriores tales, que no están conformes con mi razon y hasta son visiblemente opuestas al buen gusto y al espíritu serio moderno; hay tal cúmulo de preocupaciones..... Y ¿qué importa? contestaré yo: cierto que en la religion y en las religiones se mezclan irremediablemente ciertos elementos sensibles, extraños al parecer á la índole de la religion; pero en el fondo de toda religion, por muchas que sean las preocupaciones que la ignorancia

y la inocencia les junte, se encierra y expresa siempre lo divino: la ofrenda que nuestra sencilla y piadosa madre lleva ante la imágen de Cristo, el ramo que nuestra inocente hermana coloca ante el altar de María, el hábito que espontáneamente ofrece vestir por la salud de un individuo de la familia; la fe del árabe, que le impele á cruzar extensos desiertos de ardientes arenas para ir á visitar y á orar en la tumba del Profeta; el rigoroso cumplimiento del dia del sábado por el judío; la contínua oracion del religioso budista, tienen para todo hombre, áun el más indiferente, una influencia tal, que no puede por ménos de respetar y áun de amar; y muchas veces exclama dentro de su corazon: «Quien tuviera tu fe, ¡qué dichoso sería!» Y es que en el fondo de esas, al parecer, irracionales é inadecuadas prácticas exteriores, vemos y traslucimos sin querer lo divino, lo sobrehumano, un tributo respetuoso á una cosa más alta que el egoismo individual, que nos corroe las entrañas.

El hombre sinceramente piadoso, el espíritu reflexivamente religioso, vé en todos esos actos sencillos á Dios y á lo divino, y no puede por ménos, si los impulsos de su corazon escucha, que respetarlos y amarlos cuando están hechos con fe viva y espontánea: el alma racionalmente religiosa (no religiosa de partido, que es lo comun en nuestro país) imita á Dios en este punto recibiendo y estimando con todo su corazon todo acto religioso, sea cualquiera

la forma que afecte, siempre que lo inspire el sincero amor y respeto á Dios; vé en ese acto el mismo divino espíritu que animó á Moisés, á Buda, á Cristo y á todos los grandes hombres que han aparecido sobre la tierra. Ahora, si no es la fe, el amor puro y el respeto quien lo inspira, sino el cálculo y el miedo, el acto deja de ser estimable, y pasa á ser repugnante.

Por lo tanto, paz y tolerancia para todas las manifestaciones religiosas de todos los hombres y de todos los pueblos; paz, tolerancia y amor á toda idea que tienda á expresar lo divino: les diré á los indiferentes é irreligiosos, y á los fervorosamente afiliados á un culto, les diré paz, tolerancia y compasion con el que no tenga religion; creed que todo espíritu es profundamente religioso, aunque de diversa manera: tal vez las exigencias religiosas de su espíritu son tales, que no le satisface ninguna de las formas religiosas que conoce, en cuyo caso el defecto no está en él, sino en la sociedad y en el país que no se las da; paz y respeto profundo, en fin, al mismo ateo que niega á Dios, que busca á Dios y no lo encuentra, porque evidentemente no sabe buscarlo; pero dejadle, toleradle, dadle caminos con tino, con delicado talento y con amor, que él lo encontrará de seguro; y si vosotros no se lo podeis dar, porque esto es asunto harto más grave y delicado que lo que comunmente se piensa, callaos, dad gracias á Dios de que vosotros no sois

como él, y tenedle compasion y respeto por deber.

Se han lanzado graves acusaciones sobre la parte más selecta de la sociedad, tachándola de indiferente en religion. Se ha dicho que las gentes educadas en los principios liberales son indiferentes en materia de religion; que las tendencias liberales han producido el indeferentismo religioso. Yo creo que estas acusaciones en el fondo tienen mucho de verdadero: los principios liberales, se dice, están en contradiccion con la religion y las religiones y con sus prácticas exteriores, y es imposible unir racionalmente esos dos principios antagónicos; por eso no duda el espíritu moderno, hijo de la libertad, en elegir ésta y abandonar aquélla; ésta es la causa del indiferentismo.

Aparte de la contradiccion real ó ficticia que entre ambos principios se dé, la cual tendrá su solucion en la última parte de esta *Conferencia*, dirémos aquí que la causa del indiferentismo religioso en los espíritus liberales no está seguramente en las instituciones liberales, que son á todas luces un bien y una de las conquistas más preciosas del espíritu moderno; tal vez tampoco está en la religion y religiones, que son en su esencia divinas, y más bien nos parece hallar la causa de ese antagonismo en la manera de enseñar, comprender y practicar la religion y áun la libertad.

En efecto, la inmensa mayoría de los espíritus, en nuestro tiempo, son religiosos en fuerza de la fe

ciega y no razonada: si les falta la fe, les falta inevitablemente la religion. Tanto dentro como fuera de nuestro país, la religion se funda y basa en la fe en Dios, en los Santos, en la Vírgen, en Jesucristo, en Moisés, en Buda ó en Mahoma: son muy pocas las almas que tienen un conocimiento razonado y racional de la religion á que pertenecen, no digo ya en el fondo, ni áun en la forma y culto exterior. Siendo religiosos sólo en fuerza de la fe, no se pueden engendrar profundas y positivas convicciones religiosas; esas convicciones reflexivas y en firme que adquiere el alma en fuerza de su propia reflexion en otras muchas esferas, y que podria tambien adquirirlas en religion; esas convicciones propias (no tomadas de otro) que son las únicas que valen y salvan en la vida, que, como todo lo adquirido por nosotros mismos en fuerza de nuestro trabajo personal, tiene para nosotros un mérito y estima indecible, no las hay, ni ha podido haberlas, en la esfera religiosa en nuestro país, sino que hay, cuando más, una leve y vaga idea, una creencia, un conjunto de supuestos desconocidos, aunque verdaderos, en los capitales principios de las religiones todas. Dios, la revelacion, la otra vida, la voluntad de Dios, son enigmas inestricables para todo espíritu irreflexivamente religioso; son supuestos que están, por decirlo así, como en el aire, y por tanto expuestos á ser arrancados por el huracan de la duda sin pensarlo y sin advertirlo, y mucho más

viviendo en medio de una sociedad que tiene algun pensamiento y lo emite libremente.

Ademas, la fe sola es en sí un elemento de vida, pero un elemento de vida para los pueblos y los individuos jóvenes é inocentes: sólo puede exigírsele á los pueblos é individuos en sus primeras edades; pero cuando un hombre ó un pueblo llega á cierto grado de esclarecimiento racional, la fe ciega y no razonada es un sacrificio insoportable, esta fe es imposible. Miradlo en vosotros mismos; no creais en mis palabras. De aquí la inevitable duda; y por más esfuerzos, y por más generosas protestas que el espíritu haga para quedar en su antigua fe y en la creencia en que le han educado, el espíritu cae y desfallece de aquella fe, sin poderlo evitar, desfallece y languidece poco á poco, tal vez con profundo sentimiento suyo, y concluye por adquirir esa terrible enfermedad, hermana inseparable del secreto y profundo hastío, que se llama indiferencia religiosa.

El espíritu religioso, y todos lo son más ó ménos, digan lo que quieran algunos individuos con sus labios, se asfixia en esta esfera de glacial indiferentismo, y concluye por vivir en la vida disgustado, triste, sin racional esperanza y sin contento, sin un fin supremo, natural y sabido con evidencia á que referirlo y enderezarlo; y los espíritus más bellos y de más valía, seguramente son, en medio de su despreocupacion que dicen, los más preocupados, los más hastiados, muchas veces los

más ridículos y siempre los más desgraciados.

Tal estado es violento para los individuos que estiman la dignidad humana y el respeto á su conciencia y al bien, únicos de que aquí se habla; tal estado es imposible para los pueblos, porque tal estado es contrario á la naturaleza humana y á las más bellas y sublimes tendencias del espíritu. Es, pues, preciso sustituirlo con otro estado más conforme á las naturales aspiraciones del alma, más positivo; tal estado es una enfermedad del alma, que pide y admite curacion. Tal negativo estado es curable, sí, pero mediante la reflexion, y reflexion ordenada, sencilla, gradual y evidente; sin esto, imposible; lo cual conforma con lo que llevamos dicho; esto es, que si dejamos de creer en religion, si nuestro espíritu desfallece y languidece en el frio indiferentismo religioso, no consiste en el espíritu mismo, que es por su naturaleza profundamente religioso, como es profundamente inteligente, sentimental, moral, sociable, etc., sino que consiste en que la religion que tenemos no la hemos hecho nosotros, nos la han dado hecha, nos la han puesto en el espíritu sin ninguna reflexion de nuestra parte, y por tanto no ha podido engendrar en nosotros la conviccion racional, segura, ámplia, inquebrantable; es imposible, sino cuando más, una fe pura, bella, divina si se quiere, pero ciega; cuya fe cándida é infantil puede y áun debe dirigir al espíritu hasta cierta edad, despues no: pretenderlo

y exigirlo es quedarse sin religion viva, sin esa religion que anima, inspira y consuela en todos los casos y circunstancias de la vida, sin excepcion; se da en religion una enseñanza y educacion como en todo, y se da en religion un progreso, y divino progreso, como en todas las esferas de la actividad humana: no es, pues, la religion este estado religioso, sensible, material y cerrado en que vive la humanidad, y principalmente nuestro país, que es profundamente religioso, sino que es un momento y un punto en el gran camino y vida progresiva religiosa que lleva á la humanidad á Dios, y á la intimidad con Dios como su vida y fin último.

La religion, pues, sin ser la ciencia, ni mucho ménos, debe de ser reflexiva, ayudada y dirigida por los principios sencillos y evidentes de la ciencia en todos sus pasos; y en último término y progreso, ser científica, sin ser jamas la ciencia misma; de este modo el mundo divino y cerrado de la religion se abre, como todas las esferas de la vida, á nuevos, laboriosos y divinos progresos, que la humanidad realizará, á no dudarlo, mediante su trabajo y la eficaz ayuda de Dios, sin olvidar ni abandonar en el pensar y en el vivir lo mucho bueno, bello, verdadero y divino que en este punto atesora ya; y de este modo, el hombre y la humanidad adquirirán lo que en estas cosas es más precioso que la cantidad: edificar la religion en firme, en principios evidentes é innegables, la calidad en sus conviccio-

nes religiosas, que aunque sean cortas en número, esto importa bien poco si son fundamentales y evidentes.

La fe, sin embargo, jamas se extinguirá en este infinito proceso; el espíritu humano es finito, y finitas é imperfectas serán siempre sus obras, pero perfectibles y ensanchables en su esfera respectiva; finito y perfectible, por tanto, será siempre el camino y la esfera religiosa, que en fuerza de su propia reflexion, de los monumentos históricos, y, sobre todo, con la ayuda de Dios, vaya formando, pero jamas concluirá su camino ni completará su esfera; la fe racional le irá mostrando siempre lo infinito que en religion le queda por hacer, y la fe y la razon le irán indicando los caminos para ello: la fe en este sentido es una constante y racional inspiracion de Dios, y es un elemento inextinguible y eterno en todos los caminos de la vida, y principalmente en el camino y vida religiosa.

Ademas, exige la religion al espíritu, como precedente necesario, no sólo la reflexion clara, evidente y ordenada, con solo lo cual haria una religion de pensamiento puro, y no más, cuando la religion debe abrazar al sér racional entero, sino que exige, ademas, conocimiento, amor y práctica del bien en la vida, por puro bien, por respeto al bien, porque es bueno y nada más, independientemente de motivos extraños al bien, aunque estos motivos sean tan puros como los que inspira la religion;

esto es, es de precision absoluta ser moral en la vida en pensamiento y obra, ántes de ser religioso, siendo religion ilusa y fantástica la que quiere coordinar y juntar en extraño y poco digno maridaje la devocion y la intemperancia, las prácticas exteriores y el egoismo más cerrado, la religiosidad y confianza en Dios, y el temor, la debilidad de carácter, y la falta, á veces completa, de la virilidad en los asuntos serios y críticos de la vida.

La moral y la religion son esferas mezcladas y confundidas en nuestro país y en nuestra educacion, sin que se presienta por los más su distincion y completa diferencia, tan necesaria en la educacion: de aquí procede confundir al hombre moral creyéndole en lo tanto religioso, cuando la vida diaria nos ofrece ejemplos de hombres puros, rectos y morales, cuya vida y acciones, muchas veces heroicas, se apoyan en el puro motivo del bien, que es divino, sin tener en cuenta para nada los dogmas y enseñanzas de una religion positiva, que no tienen y en que no creen, sin dejar por esto de ser religiosos en el fondo de su conciencia. Y por otra parte, nos ofrece la vida ejemplos diarios de personas minuciosamente escrupulosas en las prácticas exteriores y áun interiores de una religion positiva, en la que firmemente creen, y, sin embargo, con odios, intemperancias, ambiciones y egoismo, que cuesta trabajo conformar con el divino espíritu de la religion que creen y practican: las más veces,

sin embargo, la verdadera y sincera fe religiosa lleva al bien en el pensamiento y obra.

De donde resulta que para hacer camino religioso y curar al espíritu del profundo indiferentismo que le corroe, es preciso ante todo ser reflexivo y moral; de lo contrario, no vemos camino para la religion, y áun podemos decir, no lo hay. Resulta tambien que la religion, la ciencia y la moral no son cosas idénticas ni mucho ménos, como hasta ahora se ha venido pensando, sino que una cosa y fin humano es la ciencia, otra y muy distinta es la moral, y otra y muy otra, la suprema si se quiere, es la religion; ó mejor y más claro, el sér racional es inteligente, es moral, es artista, es religioso, todo á la vez; en la unidad de su conciencia son estos fines á manera de aspectos totales y simultáneos de la unidad inextinguible de su sér; de aquí la necesaria relacion y áun dependencia entre ellos; de aquí que el esclarecimiento de la inteligencia lleve á Dios y á la religion, y áun lleve tambien al bien vivir; ó que la profunda fe religiosa lleve á la prudencia y sabiduría, y áun á la buena vida y costumbres, de lo cual nos presentan numerosos y esclarecidos ejemplos todas las religiones, y más que ninguna, y más acabado, el catolicismo en la época de su ardiente fe; de aquí, en fin, la armonía á que están llamados estos fines y estas tendencias humanas, en la unidad de la conciencia del sér racional humano.

Queremos ver en el desconocimiento de esta verdad y su falta de aplicacion en la educacion, la causa fundamental del indiferentismo religioso, y puede decirse de todos los males y conflictos de la vida del hombre y de la humanidad.

Segun estos principios, y teniendo en cuenta que aquí venis á educaros, y hoy á oir una conferencia cuyo asunto es la religion, escuchad con atencion algunas reflexiones religiosas, que creo son camino firme y seguro para introduciros en este mundo, y esto en forma didáctica, natural y sencilla (como en familia), más bien que en la forma artística y bella de un discurso oratorio, en la cual se trunca y pervierte la verdad de la cosa, que es lo esencial, por conseguir la belleza de la forma, que es secundaria; ademas, yo no soy orador.

Y permitid que la conferencia verse sobre el fondo de la religion más que sobre la forma, y esto por várias razones; la forma y prácticas religiosas dicen en sí mismas muy poco, dan poco de que hablar, pero el fondo es infinito é inagotable, siempre nuevo y siempre rico; la forma, el culto y las prácticas exteriores, os las sabeis ya como de memoria, y aunque el fondo no lo ignorais, hay, sin embargo, en él aspectos y enseñanzas sobre las cuales es preciso traer la atencion una y mil veces; ademas, media una razon de profunda justicia; atendida la legislacion de nuestro país en materia de religion, existe en él libertad de cultos, y pueden

venir aquí, y áun puede asegurarse que se encuentran várias personas pertenecientes á otras confesiones que la dominante en España, y sería injusto hablar como católico, dejándolas defraudadas en las esperanzas que aquí las traen. Debe, pues, versar la conferencia sobre religion en general, sobre las bases ó motivos comunes á todas las religiones; por eso pienso desenvolver el tema: *La religion en la conciencia.*

Comencemos por lo más sencillo, por lo más al alcance de todos: nuestro estado y costumbres religiosas.

Atendiendo al sentido reinante en nuestro país, se ve, á poco que se piense, que se considera la religion por todos, y principalmente por las señoras, en su forma exterior más bien que en su fondo; se ve que la religion es, principalmente el culto exterior, oir misa, rezar el rosario y otras oraciones, ir á la novena, confesar, comulgar, ayunar, tener la bula, hacer votos, llevar un hábito, etc., etc.

Esto es religion sin duda; el culto exterior, social y público, es de necesidad absoluta en toda religion (si bien los intereses mismos de la religion piden, y los fueros de la razon y del buen gusto exigen, que este culto exterior sea delicado, expresivo y significativo del asunto, y adecuado á la dignidad humana), pero la religion, ante todo, no es cosa exterior y puramente exterior, como vosotras la considerais generalmente, sino que es co-

sa y asunto interior, más íntima, más del corazon.

La religion, ante todo, es la confianza y dulce esperanza en Dios, la conformidad en la vida con su divina voluntad (humildad), la oracion íntima y secreta las más veces, la caridad, la tolerancia con los demas en sus defectos y flaquezas, el amor universal, etc., etc.; por eso á vosotras, que habeis nacido para amar, os es tan simpática la religion.

Y áun ántes de esto y de estas puras costumbres, que estoy seguro que vosotras atesorais, gracias á vuestra esmerada educacion, es la religion cosa más íntima aún, más del alma, más inmediata y más clara.

Escuchad un momento, y dispensad la exposicion, un tanto didáctica y severa, del pensamiento; la mujer, y sobre todo la mujer española, atesora un gran fondo de razon y de buen sentido; la cuestion es saberlo evocar y dirigir; ademas estas conferencias son primeramente para enseñar y educar la inteligencia, lo cual es siempre un tanto severo.

Vengamos al interior, á la conciencia, á nosotros mismos.

II.

Si recogiéndoos dulcemente un momento en vuestra reflexion, atendeis á vuestra conciencia, notaréis allí dentro un mundo tan rico en figuras, colores, movimiento y vida, como el exterior, del

cual es un reflejo y viva imágen, y cuyos elementos modificais y trasformais de mil diversas y siempre nuevas maneras; y notaréis tambien en ese mundo, y esto es lo más precioso y oportuno al caso, una voz interior que os habla constantemente y sin descanso, una voz clara y penetrante, sin saber quién la pronuncia ni de dónde viene; voz que no oye el oido, pero que penetra el alma; y notaréis que vosotras contestais á esta voz que os pregunta, y otras veces sois vosotras quien le consulta y pregunta y ella os vuelve á contestar; y se da entre esas dos voces una conversacion animada, un diálogo entre ambas, pero en unidad, un diálogo en un monólogo, un diálogo conmigo mismo, decimos, y todo esto sin que nadie absolutamente lo oiga ni lo perciba más que nuestra conciencia.

Este diálogo lo escuchamos bien en ciertas ocasiones críticas de la vida, ántes ó despues de una accion singular que sale fuera de los límites ordinarios; tambien, y mucho mejor, cuando nos quedamos solos con nosotros mismos, especialmente en las noches de insomnio; pero, si bien se mira, es este diálogo de todas horas y de todos momentos; es un diálogo eterno; ahora mismo lo estais haciendo.

Y notaréis tambien que en esa eterna conversacion hay dos voces en la misma unidad de nuestra conciencia, y estas dos voces las más veces están en lucha, y á veces lucha terrible; en una disputa y contienda, que á veces trastorna y ahoga.

Y notaréis que una de esas voces os aconseja siempre vuestros intereses particulares, vuestros caprichos, vuestros gustos del momento, vuestro egoismo cerrado en todos los casos; pero la otra voz os aconseja y predica constantemente y sin descanso la honestidad sobre la liviandad, el sacrificio sobre el capricho, el trabajo sobre la pereza é inaccion, la severa verdad sobre la conveniente mentira, la justicia, el bien, el deber en todo caso, lo eterno sobre lo temporal.

Y notaréis que cuando sólo escuchais (al practicar una accion) la voz del capricho, de la conveniencia y del egoismo, desatendiendo y hollando, sin respeto á vuestra dignidad y á vuestra conciencia, la voz del bien, de la justicia y de la verdad, sentís interiormente una recriminacion inevitable é ineludible, una acusacion que no podeis arrojar léjos de vosotras, ni podeis taparos los oidos para no escucharla, sino que contra vuestros esfuerzos y por cima de ellos, os punza y remuerde y atormenta y ahoga, y huye el sueño de vuestros ojos, y la animacion y hermosura de vuestro semblante, y la simpatía de vuestra persona; y todo esto, ¿por qué? Porque habeis hollado la voz pura del bien, del deber y de la justicia; porque habeis ajado y marchitado la pura flor de vuestra conciencia. Y es en vano que busqueis distracciones, que os precipiteis en el ruido y barullo de la vida; allí os sigue la recriminacion, empañando el brillo de vuestras ga-

las, desencantando el alma ante el movimiento de la sociedad, vivo y animador para la conciencia pura; frio, violento y muerto para la conciencia manchada; y aunque pudierais conseguir aturdiros en la vida, ¿qué valdria esto? ¿Habeis de estar siempre acompañadas? ¿No os habeis de quedar solas? Pues estad seguras que entónces esa voz se levantará solemne y severa; no hay medio de desatenderla ni de evitarla; ni ¿cómo, si esa voz somos nosotros mismos? ¿podemos acaso huir de nosotros?

Y tened en cuenta que esa voz molesta y punzante no os dejará hasta que parándoos ante ella, tal vez con el corazon desgarrado por el dolor, observeis que esa voz, ademas de acusaros y reprenderos una accion, os exige otra, y no os dejará de molestar hasta tanto que con valor y resolucion le pregunteis: «¿Qué quieres?» Estad seguras que esa voz os contestará: «Un arrepentimiento sincero y profundo, un arrepentimiento diario de no volverlo á hacer jamas.» Sólo con el valor y el tiempo en el arrepentimiento, se cura la conciencia.

Pero cuando en esa interior lucha ha triunfado la voz del bien, del deber, de la justicia y de la verdad, aparece en el espíritu esa tranquilidad interior, esa dulcísima paz del alma, que es indescriptible, y como consecuencia, la alegría y el contento en nosotros mismos, en sociedad, en la familia, y mucho mejor con nosotros solos; aparece en el alma

una confianza y una tan pura y viva esperanza, sin saber de qué, ni quién la inspira, ni de dónde viene, pero real y efectiva, que nos encanta y enajena; y en esos sencillos y sublimes momentos es cuando experimentamos y saboreamos ese fantasma tan buscado siempre y pocas veces hallado, que se llama en la vida la *felicidad;* y vemos entónces que para conseguir ese término de todas, absolutamente todas nuestras aspiraciones, no es preciso tener carretelas, ni abonos en el Real, ni ser condes, ni ministros, ni tener un millon de renta, sino oir la voz del bien, la voz eterna de la conciencia, y practicarla en la vida, y conocemos entónces que la felicidad no es otra cosa que el sentimiento del bien hacer y obrar en la vida.

Y notaréis tambien que la voz eterna de la conciencia no os habla sólo en las acciones y casos extraordinarios que en la vida ocurren, sino que si atendeis bien, os habla, aunque no con tanta viveza y energía, en todas las acciones y casos de la vida, sin excepcion; no hay instante en que deje de dictar y aconsejar lo que debeis hacer, de dirigiros en lo que estais haciendo, aunque sean los sencillos quehaceres domésticos.

Y tiene esta voz una particularidad notable, y que por sí sola vale un mundo; á la persona que se resuelve á ser buena y aspira á ser virtuosa, y viendo en esta sencilla y sublime voz el camino del bien y de la virtud, sinceramente la consulta, virilmente

y con repeticion y constancia la evoca, le señala con claridad sus defectos, poniéndolos de relieve y dándoles cuerpo ante ella misma, primera é indispensable condicion para ser buenos y dignos de nuestra naturaleza, y le señala y aconseja á la vez espontáneamente las virtudes opuestas, advirtiéndole (si bien la escucha y le consulta) que la virtud en la vida no se adquiere de pronto, sino muy poco á poco; que como todo lo que ha de ser grande en la naturaleza y en la vida va muy poco á poco, y que el realizar en la vida la virtud que la voz de la conciencia señala y aconseja, es más bien cuestion de amor y constancia y arte, que de valor severo, aunque tambien lo necesita.

Y esta voz, notaréis, jamas deja de ilustrar vuestra conciencia, áun en la mayor degradacion y abandono de la vida; aconsejando siempre, imponiéndose siempre, señalándoos el camino honrado de la vida y el oportuno en todos los casos sin faltar jamas; con una solicitud y constancia superior á cuanto podamos pensar: ni la voz consejera del mejor de los padres, que dirige y aconseja un momento y luégo se olvida, puede compararse á su sabiduría y á su solicitud.

Ni es tampoco tan monótona y pesada como es las más veces la voz de los consejos humanos, sino que de mil modos, en diversas bellas formas, en siempre nuevas y solicitantes maneras, nos aconseja el bien sobre el mal, la verdad sobre la menti-

ra, el amor y la tolerancia sobre el ódio, la generosidad sobre el egoismo en todos los casos y complicadas relaciones de la vida; y esto absolutamente sin consideracion á la utilidad, al premio ó al castigo, al qué dirán de las gentes, sino por respeto á nosotros y á nuestra conciencia; sólo por el bien y porque es bueno.

Y á la manera que vamos atendiendo á ella con más interes, con más deseo de ser buenos y dignos de nosotros mismos; á la manera que vamos practicándola en la vida, se nos va haciendo más y más clara, más y más interesante, y llega á sernos tan evidente y tan querida para el alma, que viene á ser la regla exclusiva de nuestra conducta, el camino exclusivo de nuestra vida y el encanto y consuelo de nuestro corazon, llegando á producir la *santidad* en nosotros, y como resultado inevitable, la *felicidad verdadera*, que no puede ser otra cosa que una consecuencia del bien obrar y vivir, qué es á la vez una consecuencia del bien pensar, del respeto y amor á la voz eterna de la conciencia.

No os exijo que creais en mis palabras; atended á vuestra conciencia; es seguro que en ella encontraréis la confirmacion.

Vengamos un momento á reflexiones de otra naturaleza.

III.

Hay Dios : presumo que todos creeis en él ; y si hay algun espíritu á quien una extraviada direccion en su pensamiento y reflexion le haya hecho concebir lo contrario, no sería éste un mal irremediable, y áun sería un mal que tendria, en último término, mucho de bien : á la razon humana le es imposible ser atea; el ateo no está en razon, y es, por tanto, un sér digno de tolerancia y áun de compasion : el espíritu sereno y reflexivo ve que el nombre de Dios está escrito en todas partes : en los cielos y en la tierra, en el polvo y en el sol, en la cabeza de los filósofos, en la fantasía de los artistas, en la boca de sus sacerdotes, y especialmente en el fondo de la conciencia humana : lo dicen los labios sin pensarlo, estamos partiendo de él en el pensamiento y en la vida sin presumirlo y áun sin quererlo, y á él vamos siempre á parar sin advertirlo : el espíritu reflexivo lo ve con evidencia, el irreflexivo, presumido y aturdido, lo niega, la razon serena é imparcial lo afirma y lo confiesa.

Tambien sabeis, sin necesidad de pensarlo, que Dios es el Sér infinitamente perfecto, el Sér de infinitas perfecciones, la perfeccion misma en todos conceptos; si una perfeccion le faltase de cuantas puede pensar nuestra inteligencia, no sería Dios, y por tanto lo lógico sería negar á Dios : quien dice

Dios, dice, por lo tanto, perfeccion infinita, todo lo cual, si os parais un momento en vosotros mismos y en vuestro pensamiento, veréis que lo sabeis absolutamente y sin ningun género de duda; veréis que lo sabeis y lo sabe todo hombre, desde el más inculto al más alto filósofo, con la misma completa claridad y evidencia; comprenderéis entónces que Dios no es, como hasta ahora se ha venido diciendo con alguna irreflexion, el misterio, la incógnita, el *Deus absconditus*, sino, por el contrario, lo absoluta, primera y evidentemente conocido pero desestimado; lo que mejor y primero sabemos, pero lo ménos atendido en nuestro aturdimiento y confusion subjetiva, derramados como estamos en nuestro pensamiento, en lo particular último, en lo sensible y grosero que afecta nuestros sentidos ó viene á nuestra imaginacion; distraidos como estamos de la unidad, siempre pura y divina, de nuestra conciencia y de nuestro pensamiento, y arrastrados en la vida por nuestros llamados intereses particulares, por nuestras subjetivas aspiraciones, en la prosecucion las más veces de nuestros caprichos; y así la vida, el pensamiento y la conciencia derramada y diluida en el mundo de lo particular y lo útil, no nos acordamos jamas de lo general, del bien, de la unidad absoluta y real que la razon nos ofrece espontánea y generosamente á todas horas.

Pensamos en Dios allá solamente para las cir-

cunstancias graves y críticas de la vida, y nos contentamos entre tanto con el Dios que, al traves de enigmas y misterios y muchas veces de contradicciones reales, nos ponen en el espíritu sin intervencion alguna de nuestra parte; resultando de aquí, no un Dios conocido y amado con todas las fuerzas de nuestra alma, que es lo ménos que Dios puede exigir del hombre, sino un Dios misterio y escondido, un Dios enigma, un Dios del miedo, que no queremos ni se nos ocurre mirar; y si alguna vez oramos y pedimos, lo hacemos más bien por temor y por egoismo que impulsados por el sentimiento religioso, amoroso y animador; sentimiento de amor y esperanza firmísima en Dios, que cuando es puro y es hijo del conocimiento claro y razonado de Dios, produce en el alma una inefable dicha imposible de describir y un consuelo superior á cuanto el espíritu puede pensar.

¡Que hay ateos! ¡que hay espíritus que niegan á Dios! ¿qué extraño es que los haya? Pero examinad despacio esos espíritus, paraos en vuestros precipitados juicios, y veréis qué Dios es el que el ateo niega; no, á la verdad, el Dios real y racional que la conciencia ve y la razon inspira, en todos momentos y á todos los hombres sin excepcion, sino el Dios ideal y contradictorio, el Dios imperfectamente expresado y comprendido, el Dios irreflexivamente enseñado y aprendido por un individuo, un pueblo, una época ó civilizacion cualquiera; pero

este Dios no es el Dios á que aquí nos referimos; este Dios es un Dios segundo, no es el Dios primero y fundamental; este Dios es un Dios ideal, un Dios de pensamiento, no el Dios real de que aquí hablamos; este Dios puede ser, y es las más veces, en el tiempo y en la historia un Dios muerto; pero aquí hablamos del Dios vivo, que es muy distinto que el Dios muerto.

Pero ese Dios de que hablamos (me diréis vosotras), ¿existe? ¿es una realidad objetiva? ¿es una realidad fuera de mi pensamiento, ó es sólo una creacion de mi pensamiento y de mi fantasía? Si existe, demuéstralo.

Si Dios no existiera, no sería el sér infinitamente perfecto que pensamos; le faltaria la existencia, que es una inmensa perfeccion; en el hecho mismo de pensar un sér infinitamente perfecto, debe de existir necesariamente; ¿de dónde, si no, vendria á nuestro espíritu ese infinito pensamiento de un sér infinitamente perfecto, cuando mis sentidos sólo me dan á conocer lo finito y mi individualidad y las innumerables individualidades finitas que percibo sólo me dan lo finito, lo imperfecto, ó cuando más un monton de cosas finitas? ¿Podeis pensar que Dios sea lo finito ó un monton, aunque sea ordenado, de cosas finitas? Eso es repugnante á la razon y áun al buen sentido, por más que esto se haya pensado en la historia: ese sublime pensamiento debe de ser producido en nosotros necesariamente por el sér in-

finitamente perfecto, existiendo en y fuera de nosotros.

Pero, ¡demuéstralo! ¡Demuestra su existencia! ¡Peticion irreflexiva! Quien esto pide, no sabe lo que pide; para demostrar una cosa, es preciso remontarse á principios más primeros y más altos que aquello que se intenta demostrar; demostrar una cosa, es elevarse á su causa, á su *por qué;* así, cuando vosotras quereis hacer ver ó demostrar á uno de vuestros niños que lo que hace no está bien hecho, le dais el *por qué*, y para esto os elevais á principios más generales, á razones más primeras: «No hagas esto, porque es malo. — Haz esto, porque es bueno.—Levántate temprano, porque es conveniente para la salud», etc., etc.; desde cuyos principios del bien, del mal, de la salud, etc., demostrais al niño su mal camino y lo conducís donde quereis, mediante la razon; lo mismo pasa en la ciencia, en la cual, para demostrar un principio, echamos mano de un principio superior; ahora bien, si se pide la demostracion de la existencia de Dios, se pide y exige que vayamos á un principio superior á Dios, para venir desde allí á su demostracion; y ¿á quién, que se pare un momento, no le ocurre claramente que esto es imposible, porque Dios es el sér infinitamente perfecto é infinito, y por tanto, el principio de los principios, el principio absoluto, ó de lo contrario, no sería Dios, no habria Dios? Dios es, pues, indemostrable; pero Él,

en su existencia, es el demostrador de todas las cosas, y por tanto, el demostrador del mundo y el demostrador de mi misma individualidad.

Ademas, el que esté y se pare en la unidad de su conciencia y de su razon, conocerá, ó mejor, verá con evidencia, que Dios no necesita demostrarse, porque Él es clarísimo y evidente para todo espíritu reflexivo y serio, para todo espíritu que quiere sincera y virilmente ser bueno y religioso, y para lograrlo vive de vez en cuando recogido pudorosamente en la unidad sagrada de su conciencia y de su reflexion; para ese espíritu Dios es, Dios existe, Dios es la luz misma; para el presumido, el irreflexivo, el distraido y derramado en este barullo y mareo de la vida de ahora, de luégo, de aquí y de allí; para ése tambien existe, pero él no lo ve, porque no es digno de verlo: *Sólo el puro de corazon ve á Dios;* no lo ve por su culpa, y anda en las tinieblas. Existe Dios, pues.

Pero si á Dios le conocemos sin remedio como el sér por todos conceptos perfecto, debe de ser infinito, y estar, por tanto, en todas partes, no sólo en el cielo, y no en la tierra; concepcion ésta enteramente falsa é irreligiosa, de la que se desprende con facilidad el pensamiento de que Dios abandona el mundo y sus criaturas á sí mismas y á sus solas fuerzas, sin dignarse arrojar desde su alto olimpo una mirada de consuelo y aliento á las criaturas de aquí abajo; concepcion irracional y desconsoladora,

que conduce inevitablemente al dualismo y á la pugna entre Dios y el mundo como una contradiccion y antítesis, cuya solucion no se ve; no, el mundo no es Dios, ni Dios es el mundo á la verdad; pero Dios no está fuera del mundo ni el mundo fuera de Dios, sino que Dios, aunque infinitamente superior al mundo, está en el mundo tambien; Dios, pues, está á la vez en los cielos y en la tierra; lo contrario es destruir su infinitud, es destruir y negar á Dios.

Y está Dios en todas las cosas tambien, dándoles su sér y su divina esencia, presente á todas, influyendo dulce, pero enérgicamente en todas, y más y mejor en las cosas más perfectas, dirigiendo su actividad, encauzando su vida suavemente, y sin quitarles su libertad, al logro y cumplimiento de su destino; lo cual lo expresa el catolicismo diciendo: « Dios está en todas partes por esencia, presencia y potencia. » « Ni la hoja del árbol se mueve sin la influencia de Dios. »

Pero la personalidad humana es la obra maestra de Dios en el mundo, y Dios, que está en todas las cosas, y más y mejor en las más perfectas, está especialmente en el fondo de la personalidad humada, en el fondo de nosotros mismos; no el Dios ideal, sino el Dios real y vivo, que es de quien hablamos aquí. Y está Dios en nosotros y en cada uno, siendo el Dios de todos á la vez, y de ahí la expresion santa y profundamente religiosa de *Pa-*

dre nuestro, padre comun; y con esto y bajo esto es Dios tambien el Dios de cada uno en particular, como si Dios fuera Dios para él solo; y de aquí la expresion sencilla, natural y sinceramente religiosa de *Dios mio*, que á todos se nos escapa de nuestros labios sin pensarlo y sin sentirlo, como la expresion enérgica de esa realidad y esa verdad consoladora dentro de nosotros mismos.

Pero Dios, infinita perfeccion y bondad, no es posible que resida allí, en el fondo de nuestra conciencia, de una manera pasiva, formal, inútil é indiferente; sino de una manera activa, útil y provechosa á nuestra vida y al órden universal.

Así debe de ser en efecto; Dios, en fuerza de su naturaleza infinita é infinitamente perfecta, debe residir en todas partes, y principalmente en el fondo de nuestra conciencia y de nuestra personalidad, y desde allí influir, dirigir como un padre solícito, la vida de los seres racionales sus hijos; debe de residir en el fondo de la conciencia humana, é iluminarla y esclarecerla en todos los instantes y actos de la vida.

Y debe su iluminacion ser clara, íntima, constante, á manera de una voz siempre recta é inflexible, imperante é incansable, llena y completa en todas las relaciones de la vida, no sólo en la relacion moral y religiosa, que es como aquí la estamos considerando. Y debe de ser la voz de Dios voz del bien, del amor, de la justicia, de la verdad, etc.,

como corresponde á su divina esencia, á su perfeccion sin límites, á su acendrado y nunca desmentido amor á la humanidad en el cumplimiento de su glorioso destino.

Y debe de ser la voz de Dios en la conciencia, tal, tan constante, tan sencilla, tan natural y conforme con la naturaleza humana, que jamas deje de hablar, y que, en fuerza de su misma sencillez, la pasemos desapercibida en la vida aturdida que vienen haciendo en este mundo áun los mejores.

IV.

Así debe de ser si hay Dios, y lo hay; así lo dice la razon; así lo han dicho todas las religiones que han aparecido sobre la tierra; así es en efecto. ¿No son por ventura estos caractéres que la razon nos dice tener la voz de Dios, los mismos que hemos encontrado en la voz de la conciencia? Así debe de ser; así es en efecto: la voz íntima de la conciencia, constante, imperativa siempre; dulce y amorosa unas veces, aterradora y amenazante otras, es la voz real, la voz misma de Dios. La voz de la conciencia, que, segun hemos visto anteriormente, no sabiamos de dónde venía, ni quién la pronunciaba, podemos decir ahora con entera seguridad que viene de Dios y es Dios mismo quien la pronuncia; por eso se explica que esté sobre nosotros y nos

domine y atormente, sin poderla nosotros dominar ni desechar, ni desoir.

Escuchar esta voz divina con interes, constancia y respeto; informarse bien de ella, primero á solas con nosotros mismos, despues en todas partes; mirarla y considerarla como la voz sublime de Dios; conocer su carácter imperativo y constante; amar y respetar su dictado sobre todas las cosas, y con esto practicarla al exterior con decision, con prudencia, con modestia, con arte y hasta con belleza, es lo que constituye la religion.

La religion es, pues, la relacion personal, constante é inmediata de Dios con nuestra conciencia, y de nuestra conciencia con Dios; relacion de todo acto y momento de nuestra vida, en lo cual estriba el carácter racionalmente consolador de la religion; pero en nuestra habitual distraccion é irreflexion, pocas veces hacemos caso de esta íntima y viva relacion interior. En esta relacion, Dios se está relacionando constantemente con la conciencia, inspirándonos lo mejor á todas horas y momentos; por eso la voz de la conciencia, que es la voz de Dios, es constante: esta inspiracion constante de Dios en la conciencia es lo que constituye la *gracia* de Dios; pero la conciencia humana sólo se refiere á Dios cuando ora, esto es, en ciertos momentos, y esto imperfectamente: Dios, pues, es, en esta relacion que se llama religion, el verdadera y perfectamente religioso; la conciencia humana hoy sólo lo es cuando

ora ó va al templo; la razon y el espíritu religioso exige que la conciencia humana tienda á imitar á Dios en esta relacion, y venga con el tiempo y la cultura á vivir en Dios, sin dejar por eso de vivir en el mundo. La *gracia* y la *oracion* son la expresion de esa doble relacion que entra en la religion.

La religion así entendida es la revelacion constante de Dios al alma, á toda alma sin excepcion; que no hay en esa religion viva, eterna y divina, que todos llevamos dentro de nuestro pecho, ningun excluido ni excomulgado por hereje ó cismático, ni áun el ateo. Revelacion esta primera y fundamental en la vida y en la historia, y de la cual son manifestaciones más ó ménos puras, más ó ménos perfectas, pero divinas todas, las múltiples y diversas revelaciones que han aparecido en el tiempo y en los distintos países y civilizaciones humanas; y que entre todas ellas, la cristiana es, á no dudarlo, la más completa y conforme con la realidad y con la vida, y á la cual debe la civilizacion moderna lo más selecto y elevado que en ella se nota. Buscar la revelacion exterior, sea cual fuere, y tenerla como absoluta, desechando y anulando la revelacion interior y constante que Dios nos inspira á cada uno en el fondo de la conciencia, es por lo ménos un extravío.

La religion así entendida es la religion viva y animadora, porque la vemos en nosotros, la hacemos con nuestros esfuerzos reflexivos y la ayuda de Dios:

otra religion que no tenga á esto por base, es la religion exterior y ajena, que se nos impone sin reflexion y sin conciencia de nuestra parte; sin más intervencion nuestra que la pasividad para recibirla; viniendo inevitablemente á ser con el tiempo una religion muerta, que no nos inspira ni nos mueve en la vida á hacer puros, espontáneos y amorosos sacrificios á Dios, sino á cumplir con las prescripciones que la letra muerta nos impone, rodeada las más veces de cierta atmósfera de misterio y terror nada conformes con el puro espíritu religioso, que es de por sí claro, resuelto, confiado y amoroso.

La religion así entendida es para el hombre imperfecto é impuro, pero que desea purificarse, una áncora segura y salvadora, con cuya ayuda puede irse levantando poco á poco de su postracion é impureza, y llegar á ser digno de su naturaleza y de Dios, viviendo en paz consigo mismo y con Dios, que le ayudará visiblemente en esta obra de regeneracion propia.

La religion así entendida es la religion de las almas cultas, de la perfeccion, del progreso y de la libertad racional; otra religion que no tenga á esta por base, es la religion de las almas que ni son cultas, ni estiman la cultura profunda y abierta en todos sentidos; ademas, sólo mirando la religion desde este punto de vista, es compatible con ella el progreso y la libertad del individuo y de las nacio-

nes; de otra manera, la libertad y el progreso, que es el movimiento y la vida, vendrán necesariamente á encontrarse en su camino con esos principios absolutos de todas las religiones, que se llaman *dogmas*, y que, elaborados siglos há por las inteligencias más elevadas de las épocas en que se formaron, conservados con la mayor pureza por las instituciones religiosas, y enseñados constantemente con fe y con amor, han venido á dominar y regir la vida religiosa, que es la más fundamental y absoluta en el individuo y en los pueblos, y de aquí á dominar y regir más ó ménos las demas esferas de la vida; es sabido la influencia que todas las religiones tienen y han tenido en todos los asuntos humanos, aunque nada tengan de religiosos. En el caso en que estos dogmas sean verdaderos, y por tanto, conformes con la naturaleza humana, la libertad no encontrará en ellos un obstáculo, sino una ayuda; pero en caso de que sean sólo parcialmente verdaderos ó falsos, y por tanto, opuestos á la naturaleza humana y su libre desenvolvimiento, la lucha es inevitable; toda religion se opondrá á que se destruyan sus dogmas, pero la libertad y el progreso exigirán siempre un más allá. Sólo encontramos la solucion en la religion entendida como aquí la estamos considerando.

La religion así entendida, como una conversacion eterna, severa y amorosa de cada instante y acto, de todo sexo, edad y condicion, del alma con

Dios mismo, viene á ser la vida y vida dichosa, sencilla y fácil, sin esos temores ni esas contradicciones de que tan plagada está la vida vulgar é irreflexiva. Entónces llega á amarse la vida, sin temer la muerte de esa manera espantosa de que viene rodeada para el que sólo es religioso formalmente, no en el fondo de su conciencia.

Cuando el alma se educa en la religion del modo que aquí la consideramos, no teme á Dios, ni le pasa jamas por el pensamiento tal sentimiento, como el buen hijo no teme jamas á su buen padre ni á su amorosa madre, porque los ama con todo su corazon; sin embargo, el temor de Dios no se extingue enteramente en la religion así entendida, sino que se subordina tanto al amor, que aparece como respeto á Dios, respeto divino.

La religion así entendida trae tambien muchas ventajas en la vida, y es en muchos casos una verdadera necesidad; en efecto, la religion histórica, ó aquella en que nos han educado, no puede aconsejarnos por medio del confesor ó de la *Biblia* á todas horas lo que en los casos exigentes y siempre diversos de la vida debemos hacer; el confesor ó director de conciencia no podemos tenerlo siempre á la mano, y en ese caso, debemos acudir á nosotros mismos, á la voz interior, á la voz de Dios en la conciencia, á la voz viva de Dios.

Ademas, Dios quiere y exige que, sin despreciar jamas un consejo, y mucho ménos de un buen sa-

cerdote, tengamos siempre delante nuestra conciencia y atendamos á la luz que en ella nos comunica constantemente; ¿para qué, si no, la inspira en ella? Poner la conciencia enteramente en manos de otro, envuelve las más veces la muerte parcial ó total de la persona que así obra. Dios no quiere muertos.

Concluyo diciéndoos que el camino que os he indicado es, segun la profunda conviccion de los espíritus más reflexivos y religiosos de los tiempos modernos, el único recto y firme que tiene la humanidad en la tierra para llegar al Dios vivo y á la relacion con él, que es lo que constituye la religion; y si éste no lleva á él, no hay ninguno: ésta es tambien nuestra conviccion. Sin duda la mayor parte de los espíritus no están preparados para ello, y por eso ni la entienden ni les interesa; importa poco, ya lo estarán y ya lo desearán; lo principal está dado, la conciencia, Dios y su relacion viva y constante; pero los espíritus, distraidos hoy y encantados con la riqueza y novedad de la vida, no atienden, ni áun desean atender, á esta divina relacion que en sí llevan; la razon dice que vendrá un tiempo en que las almas verdaderamente piadosas y suficientemente educadas iniciarán este divino movimiento, que es indudable vendrá á satisfacer una de las necesidades más imperiosas y elevadas del sér racional aquí en la tierra, y se dará en la esfera religiosa un progreso, lento sí, pero firme, abriéndose

por fin á la perfeccion y á la vida infinita la esfera religiosa, cerrada hasta hoy en nuestro país.— He dicho.

Nota. El pensamiento de esta *Conferencia* es fácil y sencillo; mas el espíritu que la anima es algo desconocido en nuestro país. Si á esto se agregan mis poquísimas dotes de orador, se explicarán los que oyeron este discurso la aridez y áun dificultad, aparentes más que reales, de las ideas que entraña: si no hubiese contado con que debia imprimirse, no lo hubiera pronunciado; pero abrigo la conviccion de que, mediante la lectura atenta, los espíritus reflexivos lo entenderán con facilidad.